

de la ciudad otomana, entre sombríos conventos de derviches y puntiagudas mezquitas. Un papel amarillento por el transcurso de los años, unas señas, es el único indicio que le guía para descubrir á la joven circasiana. Después de inútiles pesquisas, encuentra al fin una pista y la sigue. Pista perdida: la persona que había de servirle de hilo conductor para llegar hasta Aziadé, ha muerto; ¡muerto!, repite la anciana turca, á quien Loti interroga. — Con voluntad, dinero y perseverancia, Loti consigue reanudar el hilo...; pero el hilo no le conduce al camarín de Aziadé, sino á una colina en el Valle de las Tumbas, columna donde se eleva un cipo azul con inscripciones de oro, señalando la última morada de la circasiana... Loti se deja caer sobre la tierra y la abraza, no pudiendo abrazar los despojos. "Entonces tuve la deliciosa ilusión de que *ella* sabe mi vuelta y comprende mi arrepentimiento... Entonces me dominó la noción furtiva, inexplicable, pero real, de un alma que sobrevive al cuerpo. Y la

amargura y el remordimiento unidos á la memoria de Aziadé se borraron para siempre...,"

La historia de amor termina con esta impresión religiosa. Refiere Loti, en el mismo libro que voy reseñando, cómo cierta tarde, en el atrio de una mezquita, había visto muchos años antes á un iluminado musulmán que, alzando los ojos y los brazos al cielo, gritaba: "Estoy viendo á Dios, al Dios eterno en persona...," Y al escuchar el grito del fanático, Hamete, el joven turco amigo de Loti, dice meneando la cabeza: "¡Quién será, oh Loti, el hombre que pueda ver á Alá!,"

Al pié de la estela azul que sirve de losa á Aziadé; sobre la tierra que cubre sus pobres restos, Loti, por fin, ha logrado ver á Alá... y la tempestad de su corazón y el ansia de su espíritu se han calmado; por eso al dar un adiós al Bósforo "apaciguense los recuerdos...,"

Así como el *Libro de la piedad y de la muerte* me parece una página musical, éste me suena á poesía lírica. Es un Can-

to de Byron ó una Elegía de Lamartine— en prosa.

BOURGET: *Un corazón de mujer.—Fisiología del amor moderno.—Nuevos retratos al pastel.*

Varias veces he manifestado opiniones muy favorables á Bourget, á quien tengo quizá por el talento más cultivado y robusto de la nueva generación. En su especialidad de relojero del alma — pues siempre me represento á Bourget trabajando con lente y pinzas y manejando resortitos microscópicos, muelles reales y ruedas catalinas, mecanismos montados sobre "treinta rubíes," como los de los cronómetros ingleses — Bourget no tiene rival ni acaso lo tenga en mucho tiempo. Está — en la parte técnica — á la altura de Daudet, á quien es inferior en las dotes propias del novelista y del artista inspirado, como fantasía, invención, emoción, gracia para narrar, relieve para describir, vida y realidad de los caracteres y don de interesar de un modo poderoso al lector sin fatigarle. En Bourget hay una

dualidad aparente: en el catálogo de sus obras parecen alternar un filósofo analítico y un novelista; mas si bien se mira, adviértese que el primero y solo el primero es quien escribe, lo mismo los *Ensayos psicológicos* que *Cruel enigma* y *Un corazón femenino*.

Sólo merced á la flexibilidad del género novelesco es novelista Pablo Bourget. Seríamos intransigentes si le excluyésemos del catálogo de los novelistas actuales, y seríamos muy lerdos si le incluyésemos en el número de los que lo son de nacimiento y verdad. No porque la filosofía me parezca incompatible con la novela; el *Quijote* es obra profundamente filosófica y al par genuinamente novelesca: lo que entiendo es que el excesivo lastre filosófico no puede menos de oponerse al buen resultado del intento artístico que en el novelista debe prevalecer. Pablo Bourget nunca será popular, ni accesible á la mayoría de las inteligencias, pues aunque habla muy claro hila muy delgado, y quizá olvida, al hilar y torcer ese

copo finísimo, de encajera de Alençon, que hay en el alma humana sentimientos que se burlan de la lógica y se resisten al análisis, y que el perseguirlos y empeñarse en explicarlos con brillantez y agudeza es exponerse á fatigar la mente sin iluminarla. Ni la psicología ni las ciencias naturales pueden salvar la valla de eso que llama Loti lo *inexpresable*, lo *indecible*.

La última novela de Pablo Bourget, ya bastante añeja, es *Un corazón femenino*. Después ha publicado la *Fisiología del amor moderno* (estudio filosófico, del género de otros muy conocidos, de Stendhal, Schopenhauer, Benito Espinosa, etcétera) y *Nuevos retratos al pastel*, colección de estudios de caracteres masculinos, con dos libros más que todavía no conozco, y que creo son impresiones de viaje. Nótese cómo, por ley natural, Bourget propende á escasear las novelas. *Un corazón femenino* no descuella por novedad ú originalidad de ideas y de asunto, por la misma razón, á saber, que

Bourget, en la novela, no pisa terreno propio, aunque pise en todas partes con desembarazo y gallardía. Del asunto he dicho que no es nuevo: podría haber dicho que es viejísimo, vulgar. ¿Qué psicólogo de café no habrá afirmado mil veces la fascinación que ejerce el calavera sobre la mujer delicada, habituada á respirar una atmósfera de pureza y elevación moral? El prestigio del perdis es ya axiomático. Hay otro fenómeno correlativo á este: el del imán poderoso que tiene la mujer versada en ciencia pasional para el hombre nuevo en ella. Y todavía se observa un fenómeno menos frecuente, de la misma índole á mi entender: el atractivo que ejerce sobre mujeres del todo incultas ó semi-ignorantes, el sabio, el hombre intelectual. Sin meterme en ciertas honduras de donde sólo puede salir airoso Pablo Bourget, sospecho que si bastantes mujeres se pirran por los calaveras y por los sabios, es que las deslumbra la ciencia del bien y del mal, sea en la vida práctica, sea en el terreno es-

peculativo é histórico. De aquí los contrastes; la purísima doña Inés prendada de Tenorio, la rústica é ignorante Margarita loca por Fausto. Quizá es el amor una inmensa curiosidad, una aspiración á abarcar todo el espectáculo del mundo y de las conquistas de la razón humana. Ello es que de los tres fenómenos de la antinomia amorosa, Bourgét eligió, en *Un corazón femenino*, el que conocen hasta los chicos de la escuela. Lo que compensa la vulgaridad del tema es la novedad del dualismo (del cual ya había hablado Quevedo en un soneto famoso), tratado por Bourget en esta y otras novelas con dolorosa penetración. Julia de Tillieres, cuando se prenda del libertino Raimundo Casal, tiene ya en su historia un episodio muy secreto; hay un lazo íntimo que la une al conde Enrique de Poyanne. El Conde reúne las cualidades más elevadas; instrucción, lealtad, integridad, nobleza, pureza de costumbres, valor caballeresco: quiere á Julieta con pasión, pero el Conde, con ser tan perfecto, es...

—permítaseme la palabra—un poquitillo *patoso*; es decir, que no tiene el don de interesar y apasionar á su ídolo, y éste se encuentra (dígame la verdad) algún tanto aburrido del adorador que le ha tocado en suerte. Casal, en cambio, con su gentil apostura, su pericia galante y su destreza en requebrar y perseguir, puede decir sin jactancia: “Llegué, vi y vencí.” El caso es que Julieta, en medio de la embriaguez del nuevo amor, no puede resignarse á la pena que sentirá el Conde no bien abra los ojos. Esta piedad y lástima la dominan hasta tal punto, que siendo más fuerte que el amor la ternura, Julieta resuelve entrar en un convento, único modo de conciliar la caridad romántica que dedica al conde de Poyanne y la fiebre que la abrasa por Casal... No hay que confundir el *dualismo* con la *duplicidad*: Julieta no desea engañar, no obedece al instinto de coquetería entreteniéndola á dos suspirantes; lo que teme es hacer sufrir, y prefiere su propio sacrificio al de Poyanne, á quien no ama. El es-

tudio es refinado, exquisito, perfilado como un encaje.

Los *Nuevos retratos al pastel* son también un primor en su género. Han confirmado mi opinión de que Bourget estudia mejor las figuras masculinas que las femeninas, y consiste probablemente en que, sin darse cuenta de ello, Bourget sigue la opinión errónea, pero general, de que la psicología se divide en dos hemisferios, el masculino y el femenino, siendo el femenino una especie de continente misterioso, lleno de enigmas y erizado de signos de interrogación, que en el masculino no existen. Al estudiar figuras masculinas, Bourget procede con resolución y desembarazo; tal vez el verdadero camino suyo —en cuanto artista— sean esos cuadros de una sola figura, porque en ellos encaja bien el minucioso y ahincado análisis del carácter, y no distrae la pluma el cuidado de la composición y del efecto del conjunto.—Hay sobre todo un tipo de envidioso bohemio literario, que me parece admirable.

Así y todo, de los libros relativamente nuevos de Bourget, el que se lleva la palma es la *Fisiología del amor moderno*.—En obras de esta clase es donde Bourget se encuentra dueño de todos sus recursos y con los brazos libres. Considerad que para un analítico, la fábula, la composición, la reproducción pictórica y exacta de la realidad son un estorbo insufrible, una bala á los pies, unos grillos, una mordaza. La producción de entendimientos como el de Bourget es de dentro afuera: viajes por el interior de su cerebro, y viajes libres y directos, ascensiones en globo ó bajadas al fondo de las minas. Si Bourget vive muchos años, como es de esperar, y sigue escribiendo, yo creo que acabará por renunciar del todo á la novela, y circunscribirse á obras como la *Fisiología del amor moderno*, en las cuales sólo queda del novelista un vago reflejo, una levísima tintura que realza la forma del libro. A Bourget podemos aplicar esta frase que él estampa refiriéndose á Adriano Sixto, el filósofo

de *El discípulo*: "Su mirada se replegaba hacia dentro para devanar mejor el raciocinio."

Entrar en minucioso examen de la *Fisiología del amor*, de Bourget, sería escribir otro libro, no igual, sino mucho más grueso, quizá en dos ó tres volúmenes. Habría que seguirle paso á paso, por los tejidos y fibras del sentimiento y del instinto sexual, que registra y disecciona con pinzas, encontrando á veces observaciones nuevas, repitiendo otras las experiencias antiguas de Stendhal y Balzac. ¿Ha logrado eclipsar á alguno de estos dos grandes disectores? No por cierto, pues si Bourget posee talento grande é indiscutible, Balzac llegaba á los límites del genio, y Stendhal, analizando, llevaba á Bourget la ventaja de haber adivinado mejor y visto más claramente á la mujer, — á quien juzgaba con equidad admirable el insigne escritor tan maltratado por Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*.

El análisis de la pasión amorosa y de

los celos, hecho por Bourget, adolece... ¿cómo diré? de excesiva materialidad. Propende á exagerar la innegable importancia del elemento puramente fisiológico. Yo no diré que se pueda escribir hoy un tratado de las pasiones con el criterio atribuido á Platón

«*Sorbet à la neige avec un biscuit*»,

como dice cierto poeta de la patria de Bourget; pero tampoco se ha de desconocer la inmensa variedad y riqueza de modificaciones que el instinto reproductor, común á todas las especies animales, sufre en el hombre, por la naturaleza racional y la responsabilidad moral de nuestra especie. En el hombre, *nada es principalmente físico*. Si estudios del género del de Bourget no demuestran esta gran verdad, por entretenidos, sutiles y profundos que sean, dejarán en el ánimo una huella depresiva, como la deja, al fin y al cabo, la *Fisiología del amor moderno*.

Rod: *La Sacrificada*.

Como Bourget, es Eduardo Rod un pensador y un moralista que á veces se refugia al campo de la novela. Basta la lista de sus obras—muy poco conocidas en España—para que se comprenda que la orientación de Rod es más crítica que artística. Su primer novela, *Correr tras la muerte*, es un estudio pesimista; y filosofía son la *Significación de la vida*, las *Ideas morales contemporáneas*, y gran contingente filosófico hay en sus estudios, bastante notables, sobre Leopardi, Wagner, los prerrafaelistas ingleses; obras que prueban que está embebido de "aquella grave preocupación de los problemas morales que agita hoy á tantas elevadas mentes de literatos y pensadores; la de Tolstoy en Rusia, de Ibsen en Noruega, de Spielhagen y de Sudermann en Alemania, de Dumas, hijo, de Bourget, de Rod, de Rosny, en Francia"; como dice el crítico italiano Vittorio Pica en un opúsculo reciente.

*La Sacrificada*, última novela de Rod, merece elogios por dos conceptos: la distinción del desempeño y la originalidad del asunto. No es una novela como hay muchas. Deja impresión y memoria, y consigue su objeto más alto, puesto que despierta la conciencia, mejor y con más energía que otros libros oficialmente encargados de confirmarnos en el criterio de rectitud y justicia que debe regular los actos de la vida humana.

El asunto de *La Sacrificada* es como sigue. El doctor Pedro Morgex, médico de fama y esclavo del deber profesional, ha pasado su primera juventud dedicado al estudio y libre de vergonzosos desórdenes. A los veintitantos años, más cerca de los treinta que de los veinte, encuéntrase con la voluntad y la inteligencia bien desarrolladas, pero intacta la sensibilidad.—De amoríos, un insignificante idilio, que no dejó rastro; de amistades, una sola, pero muy íntima: Marcelo Audoin.—Marcelo carece de la gravedad y de la honradez del doctor: es un *viveur*